

The book cover features a light, warm-toned background with silhouettes of tree branches and clusters of autumn leaves in shades of orange and red. The text is centered in the middle of the cover.

MIQUEL SEGURÓ

Los confines de la razón

Analogía y metafísica trascendental

Herder

MIQUEL SEGURÓ

LOS CONFINES DE LA RA- ZÓN

ANALOGÍA Y METAFÍSICA TRASCENDENTAL

Herder

Diseño de portada: Michel Tofahrn

Edición digital: José Toribio Barba

© 2011, Miquel Seguró

© 2011, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3971-1

1.ª edición digital, 2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Herder

www.herdereditorial.com

*Als meus pares i
a la meva germana*

FAUSTO: *¿Yo retroceder ante ti, engendro de la llama?
¡Soy yo, soy Fausto, tu igual!*
EL ESPÍRITU: *Te igualas al Espíritu que tú concibes,
no a mí. (...Y desaparece)*

GOETHE, *Fausto*

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. LA ANALOGÍA COMO DINAMISMO HACIA LA PLENITUD

1. Joseph Maréchal (1878-1944): dinamismo y conocimiento

2. Emerich Coreth (1919-2006): la pregunta y el Ser Absoluto

2.1. La pregunta y su horizonte

2.2. Analogía y misterio de Dios

3. Karl Rahner (1904-1984): finitud humana y apertura al Misterio

3.1. La analogía y la posesión finita de ser

3.2. Existencia y misterio

4. Johannes B. Lotz (1903-1992): la experiencia profunda del Ser

4.1. El alcance metafísico del juicio

4.2. La dimensión metafísica de la experiencia ontológica

4.3. Analogía y anticipación de la Plenitud

CAPÍTULO 2. LA ANALOGÍA EN J. GÓMEZ CAFFARENA: MÉTODO TRASCENDENTAL Y LÍMITES DE LA RAZÓN

1. Hombre, lenguaje, «sentido»: elementos fundamentales de la Metafísica

1.1. El condicionamiento antropológico de la Metafísica

1.2. La estructura del lenguaje y la posibilidad de un

pensamiento metafísico

- 1.2.1. Lo «dinámico» de la actualización
- 1.3. Primera disputa: el lugar metafísico del «ser»
- 1.4. Segunda disputa: Realismo e idealismo. Límites a la dinámica del conocer
- 2. Absoluto y analogía
 - 2.1. Primera formulación: «Analogía del ser» y dialéctica en la afirmación humana de Dios (1960)
 - 2.2. Segunda formulación: La analogía del ser, método para una afirmación humana de lo absoluto (1970)
 - 2.3. Primado trascendental y tomismo
- 3. Crítica de la analogía neotomista-trascendental

CAPÍTULO 3. EL «CERCO TRASCENDENTAL» DE LA METAFÍSICA

- 1. Límites de una ontología trascendental
- 2. El primado del interés práctico de la razón
- 3. La analogía como semántica del límite ideal del pensamiento

CAPÍTULO 4. LA ANALOGÍA DE ATRIBUCIÓN COMO FORMA TRASCENDENTAL DEL PENSAR

- 1. La identidad trascendental de «ser» y «conocer»
 - 1.1. Identidad trascendental, subjetividad trascendental y realismo. A propósito de la crítica de Cornelio Fabro a Karl Rahner
- 2. La analogía de atribución, ¿modelo de ontologismo y de onto(teo)logía?
 - 2.1. La triple razón de Tomás de Aquino
 - 2.2. ¿Ontologismo?
 - 2.3. ¿Onto(teo)logismo?
- 3. Horizontes para un replanteamiento de la cuestión de la analogía

A MODO DE CONCLUSIÓN

PRÓLOGO

El presente libro de Miquel Seguró nos presenta el problema de la metafísica en nuestro tiempo. Precisamente estamos en un momento que no es nada favorable para la metafísica ni, por ende, para la analogía. Pero el autor hace ver que es un tema muy necesario, y una manera de abordarlo es señalando los límites de nuestro conocimiento, los lindes con que topamos y que tenemos que transgredir para ir más allá, hacia el misterio.

El libro, que nace de las investigaciones doctorales que Seguró realizó en Roma y Friburgo de Brisgovia, presenta la noción de analogía, recurso indispensable para la metafísica, y lo hace estudiando sobre todo la teorización de los llamados tomistas trascendentales. En efecto, en la tradición tomista hubo pensadores atentos a la crítica kantiana. Pensaron que no podían hacer metafísica sin afrontar los cuestionamientos y las dificultades que para ella había señalado Kant. Por eso elaboraron un tomismo trascendental, que se planteaba desde el sujeto, desde las condiciones de posibilidad del conocimiento.

Pionero en esto fue el jesuita belga Joseph Maréchal, en la segunda década del siglo xx. Ya en la Universidad de Lovaina se había planteado este criticismo, como en Mgr. Noël. Pero aquí se da toda una escuela, principalmente en la Compañía de Jesús.

En esta línea siguió Johannes Lotz, junto con De Vries y otros jesuitas alemanes, reseñados por Muck. Aquí fue notable también el contacto que se dio con Heidegger, por parte de Lotz y de Karl Rahner. En efecto, Lotz fue alumno del autor de *Ser y tiempo*, y Rahner lo tomó en cuenta para

su quehacer teológico. En esta senda hay que situar también a Emerich Coreth, en Austria, de cuya metafísica se decía que era una preparación para la teología de Rahner. Suele asociarse con ellos a Bernard Lonergan, jesuita canadiense que se dedicó a la teoría del conocimiento.

Recuerdo que en 1996 me tocó dialogar con Coreth acerca de la analogía. Fue en la Universidad Pontificia de México, a la que él había sido invitado a dar un curso breve. Se aprovechó la ocasión para que discutiéramos nuestras posturas frente a la analogía. Yo había leído desde hacía mucho su *Metafísica*, en la que había un capítulo sobre el tema. Lo único en que disentimos fue en que él pensaba que la analogía más propia era la de atribución, y que había que tender siempre a la univocidad. Yo aprovecho más la analogía de proporcionalidad, y me parece que la univocidad las más de las veces resulta un ideal inalcanzable.

Miquel Seguró, después de exponer sin prisa a los tomistas trascendentales, pasa a revisar el tema de la analogía en la metafísica de José Gómez Caffarena. A este gran profesor lo visité en varias ocasiones en Madrid, y alguna vez nos vimos en México; siempre me sentí unido a él por el lazo del afecto, pues, ante todo, es una excelente persona. Además, en el Instituto de Fe y Secularidad intercambiamos nuestros puntos de vista sobre la teoría de la analogía, que él manejaba muy bien.

Seguró encuentra en Caffarena —gran conocedor de Kant— un uso diferente del método trascendental, incluso de la analogía, todo muy personal e innovador. Así, en él señala una visión dialéctica de la analogía, que después retomará un jesuita argentino: Juan Carlos Scannone. Este último me ha hablado acerca del influjo de Caffarena sobre él. La exposición que hace Seguró del planteamiento de Caffarena sobre la analogía es muy cuidadosa y detallada. Sigue varios de sus escritos.

Como no podía ser de otra manera, dada la naturaleza de este texto se aprovecha la exposición de la analogía en la metafísica del tomismo trascendental para hacerle algunas críticas. Son críticas a veces fuertes, pero me parece

que muy justas, sobre todo teniendo en cuenta que el autor siempre trata de salvar lo bueno y aprovechable que hay en esa escuela de pensamiento tomista. Y es que, en verdad, hay cosas muy discutibles en el mismo planteamiento del tomismo trascendental. Algunos, como Gilson, cuestionaron su carácter tomista; otros negaron que llegara a ser una metafísica, siendo en todo caso una proto-metafísica o pre-metafísica, dado que se tenía la impresión de que se quedaba del lado del conocimiento y no alcanzaba a pasar al lado de la realidad.

En cuanto a la analogía, Seguró da cuenta de las polémicas que hubo entre dominicos y jesuitas, los primeros siguiendo a Cayetano, que privilegiaba la analogía de proporcionalidad, y los segundos a Suárez, que privilegiaba la de atribución. Se mencionan las críticas de MacInerny, quien aseguraba que Cayetano había distorsionado la doctrina tomista de la analogía, que no había sido completamente fiel al Aquinate. Pero también se menciona a los que dicen que Suárez tampoco fue muy fiel seguidor de Tomás, como dice Fabro en sus comentarios a Rahner. Seguró hace críticas a una y a otra ala de la analogía. Yo tengo para mí que es válido lo que dijo el P. Santiago Ramírez al final de su vida: que había que juntar la analogía de proporcionalidad y la de atribución, pues se complementan bien. Hay que usar las dos.

Algo que me parece muy pertinente es la manera como Seguró nos hace ver que la analogía evita la acusación de ontoteología que dirige Heidegger a la metafísica occidental, por el olvido del ser y de la diferencia ontológica entre ser y ente, así como por hacer de Dios el ser, siendo que es un ente. Es sugerente la respuesta que elabora Seguró. Algo de ella se encuentra en Jean-Luc Marion, en un célebre artículo de homenaje a Santo Tomás, publicado en la *Revue Thomiste* de 1995. Allí Marion hace ver que precisamente la doctrina de la analogía es la que impidió a Tomás incurrir en la acusación de ontoteología; porque la analogía lo obligó a distinguir entre esencia y esse, los cuales se dan de manera muy distinta en Dios y en las creaturas, y con ello

no se reduce a Dios a un ente y, por lo tanto, no se cae en la ontoteología.

Finalmente, cierra el autor el libro con unas conclusiones sobre el replanteamiento de la analogía y de la metafísica misma. Aduce la experiencia religiosa, señaladamente la del dolor, que es la que Philippe Nemo encuentra en Job, y eso es el mayor paso hacia la Trascendencia, en la cual siempre habrá misterio, algo irreductible.

Concuerdo con algo que Seguró establece en las conclusiones y que he sostenido continuamente. Hay que hacer una metafísica significativa para el hombre actual, hay que buscar la manera de dialogar con él, y no solamente contarle cosas que considera periclitadas y que quedaron para la Edad Media. Tanto la metafísica como la analogía pueden plantearse de un modo significativo y atrayente para el ser humano de hoy, para lo cual deben aclarar a qué inquietudes e interrogantes responden. Y un ejemplo excelente de esta consciencia es el estudio de Seguró que estoy presentando ahora.

Mauricio Beuchot

INTRODUCCIÓN

¿Tiene sentido todavía hoy día plantearse la cuestión de la analogía? ¿No se trata de algo ya superado y, por lo tanto, de una cuestión irrelevante para las preocupaciones contemporáneas de la filosofía? ¿No responde a una visión de la filosofía demasiado estrecha y relacionada con un afán más teológico que propiamente filosófico? ¿Y no se querría con su estudio restaurar un pensamiento de «escuela» de dudosa viabilidad?

Aunque pueda parecer que la problemática de la analogía remite a un artificio conceptual alejado de las preocupaciones actuales que solamente tiene sentido en un determinado marco, lo cierto es que su cuestionamiento recorre explícita e implícitamente toda la historia de la filosofía. Más allá del dudoso éxito que tendría una nueva restauración de un modo de pensamiento escolástico, más preocupado por no desviarse del contexto doctrinal que lo acompaña que de plantear cuestiones afines a las preocupaciones contemporáneas, puede decirse que la analogía constituye el eje metódico del pensar metafísico¹, pues no tiene otro objetivo que pensar la unidad de lo dado a partir de su plural manifestación.

El vocablo «analogía» está compuesto por las partículas *ana*, «reiteración-comparación», y *logos*, «palabra, razón»; así, «analogía» significa comparación o relación entre varias razones o conceptos que no son ni puramente unívocos (es decir, idénticos en cuanto a lo que significan) ni totalmente equívocos (completamente distintos). En un principio la analogía se empleó para dirimir cuestiones semánticas (Aristóteles), pero posteriormente vino a expresar una rela-

ción ontológica gradual (neoplatonismo). En ambos casos el punto de arranque se halla en la constatación de que las diferencias existentes entre las particularidades no pueden ser absolutas, pues de lo contrario no podría llevarse comparación alguna, aunque según se incida en la *com*-unidad o en la *des*-unidad de lo comparado se optará por uno u otro modelo de analogía.

A partir de la filosofía tardo-medieval quedaron establecidas dos grandes tendencias. En primer lugar hablamos de *analogía de atribución* (neoplatónica) cuando en la relación dada entre dos términos comparados entre sí, una particularidad con otra, la forma significada se encuentra plenamente en uno de los sujetos a los que se aplica el nombre —el primer analogado—, quedando los otros —analogados segundos— relacionados con ese primero «según medida» («más», «menos»), estableciéndose así una relación de prioridad y posterioridad de lo atribuido. Si la razón analogada en los participados es una forma graduada pero propia, hablamos de analogía de atribución intrínseca (la belleza finita, pero real, de la criatura remite a la Belleza absoluta, infinita, del Creador), mientras que si se encuentra propiamente en el primer analogado y en los derivados por denominación, entonces es extrínseca (la medicina es «saludable» en la medida en que colabora a la «salud» del hombre).

El otro modelo es de la *analogía de proporcionalidad* (aristotélica), que se define como una proporción de proporciones ($1/2$, $2/4$, $4/8$... $16/32$) y que también puede darse de dos modos diferentes: la proporcionalidad propia, que es la semejanza real entre dos o más relaciones o proporciones (la relación de conocimiento que hay entre los sentidos y los objetos sensibles es semejante a la que hay entre el entendimiento y los objetos inteligibles); y la proporcionalidad metafórica, que se da cuando la razón análoga significada se realiza de manera propia en una de las relaciones mientras que en las otras lo hace metafóricamente (el vocablo «visión» designa, de manera propia, la relación que hay entre el sentido de la vista y el objeto propio de

dicho sentido, pero se aplica de manera metafórica para designar la relación que hay entre el entendimiento y algún objeto para referirse a la realidad).

Grosso modo podemos decir que en la analogía de atribución se incide más en el aspecto de *comunió*n entre los analogados (históricamente el suarismo se ha decantado por este modelo apoyándose en algunos aspectos de la concepción de Tomás de Aquino), mientras que la de proporcionalidad da más relevancia a la *semejanza* proporcional que existe entre las proporciones particulares (esta fue la analogía defendida por Tomás de Vio, el cardenal Cayetano, destacando para el caso otros aspectos de la obra del Aquinate).

Si bien los medievales se preocuparon por la analogía cuando trataban de dilucidar el alcance de los «nombres de Dios» que el hombre podía balbucear, es fácil encontrar textos de fundamentación metafísica contemporáneos en los que se incide en que su acometido tiene dos vertientes (sin duda afianzados en la división de la «tarea» metafísica concretada en la modernidad —Wolff²): la *ontológica*, que versa sobre la relación entre los diferentes entes, y la *metafísica*, que trata de la relación entre estos y su(s) principio(s). Sin embargo, y dado que podemos entender por Metafísica el discurso que desde el asombro por la efectividad de lo real se pregunta por su estructura, sea el objeto de esta la «efectividad» de la realidad como tal o la naturaleza de una región o fenómeno de la misma, con la pretensión de que sus análisis sean verdaderos (esto es, que den cuenta de lo que es, de modo que el descubrimiento de dicha estructura conlleva asimismo establecer qué «principios» la sustentan últimamente³), todo ejercicio filosófico que pretenda arrojar «verdades» debe aclarar antes *su sustento, su filosofía «primera»*⁴. De esta forma, cualquier discusión ontológica relativa a las entidades debe abrirse a una posterior explicitación metafísica que considere el fundamento originante de las mismas, tarea para la cual es casi imposible no tener que hacer uso del concepto análogo «ser»⁵.

Pero la Metafísica, como pretendida ciencia primera, vio

truncada su hegemonía con la consolidación del proyecto moderno del pensar. No cabe duda que la obra kantiana no se entendería sin todo el legado moderno epistemológico que la precedió (que a su vez se retrotrae al pensamiento medieval), pero fue precisamente la «crítica» la que supuso para las aspiraciones de la Metafísica un importante punto de inflexión decreciente. Como dejó escrito al inicio de su *Crítica de la Razón Pura*, Kant entiende que la razón humana está asediada por una serie de cuestiones a las que no puede responder satisfactoriamente, siendo la Metafísica su campo de batalla⁴. Desde entonces la propia aspiración especulativa se ha visto obligada a hacer frente a reiteradas crisis de legitimidad, llegando incluso a tener que justificar su propia posibilidad.

Con todo, las preguntas siguen ahí, por mucho que no podamos resolverlas desde la mera razón (de hecho el mismo Kant procuró darles respuesta desde su uso «práctico»); por eso Zubiri puede sostener que «la metafísica es la definición “real” de lo que es la filosofía tomada en términos generales (...). La Metafísica no es una “parte” de la filosofía, sino que es materialmente idéntica a la filosofía misma»². Esto significa que todo pensar humano debe, tarde o temprano, «habérselas» con la cuestión propiamente metafísica si de veras aspira a pensar el misterio de lo real. El imperativo metafísico se justifica por el propio darse del pensar.

La presente obra tiene por objeto un análisis del desarrollo de la cuestión de la analogía, entendida como el discurso sobre lo Absoluto desde lo finito, y su alcance metafísico en los representantes más destacados del (*neo*)tomismo trascendental. El renovado interés por la filosofía de Tomás de Aquino suscitado a raíz de la encíclica del papa León XIII *Aeterni Patris* (1879) dio pie a la creación de diversos centros de difusión e irradiación de la filosofía tomista, entre los cuales cabe destacar el Institut Supérieur de Philosophie de Lovaina (1889), centro fundado por el Cardenal Mercier